

## JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

### *IN MEMORIAM* (1929-2008)

El presente número de la revista *Salmanticensis* es un pequeño homenaje que, tanto la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca como la Dirección de la revista quieren ofrecer al Prof. Dr. D. José Ignacio Tellechea Idígoras, quien dedicó su vida a la investigación y enseñanza de la Historia de la Iglesia en varios centros teológicos españoles: Seminario de San Sebastián, Seminario Hispano-Americano de Madrid, Facultad de Teología del Norte de España en Vitoria y Facultad de Teología de Salamanca.

José Ignacio Tellechea supo compatibilizar la docencia como catedrático, con una presencia viva en la vida de la Iglesia, conociendo la marcha y los avatares de la misma en un momento histórico verdaderamente complejo, convirtiéndose en uno de los puntos de referencia cualificados para personalidades de la misma y ofreciendo su asesoramiento prudente y sabio. Pero su labor científica no queda reducida a los ámbitos privados de la vida de la Iglesia, sino que se abrió a aportar información científica, actitud crítica y animación lúcida en diversos foros culturales de la sociedad española y extranjera, trayendo luces y nuevas visiones sobre temas que eran planteados de una manera estereotipada e incuestionable.

Como amante de la Teología y como historiador de la Iglesia, fue un profesor libre y respetuoso, limpio y veraz. Su libertad y su amor a la verdad fueron su seña de identidad dentro y fuera de los marcos culturales y sociales de la Iglesia. Por lo mismo, no es fácil recoger en unas simples líneas su trayectoria intelectual, investigadora y docente. En este sentido, no bastaría tampoco con hacer un elenco de sus abundantes y eruditos artículos y libros que se dilatan a lo largo de sus ochenta años casi cumplidos.

Donostiarra de nacimiento, aprendió en el entorno familiar el tesón del trabajo que plasmará asiduamente en una atenta dedicación a la investigación intelectual, por lo que a él mismo le gustaba definirse como «traperero del tiempo». Será una beca de la Diputación de Guipúzcoa la que le permita, con doce años, ingresar en el Seminario de Vergara, pasando luego al de Vitoria, donde recibió una honda formación humanística que, desde el primer momento, se ocupará por completar con asiduas e inagotables lecturas de todo lo que se custodiaba en la magnífica biblioteca del Seminario de Vitoria.

Una vez ordenado de presbítero, en 1951, es enviado a estudiar Teología e Historia de la Iglesia a la Universidad Gregoriana, en compañía de su amigo José M.<sup>a</sup> Setién. Serán años felices, que le permitan ampliar su horizonte vital e intelectual. En marzo de 1952, se encuentra con los manuscritos del Arzobispo Carranza en la Biblioteca Vallicellana de Roma, que le acompañarán a lo largo de toda su vida y serán una de las líneas principales de su investigación. Se doctora en Teología con medalla de oro y realiza los cursos de doctorado en Historia de la Iglesia que, aunque no dieron lugar a una tesis, fue sustituida por el estudio libre del tema y la publicación de fuentes sobre el mismo, editando siete volúmenes del proceso inquisitorial y más de una decena de libros con textos inéditos o estudios.

En el verano de 1954, cuando contaba 26 años, conjuntamente con José Sebastián Laboa, acompaña en un viaje por España al patriarca de Venecia, Angelo Giuseppe Roncalli, quien permanece varios días residiendo en el Colegio Hispanoamericano Ntra. Sra. de Guadalupe de Salamanca y con quien entablará una relación especial. Él mismo refería con afecto cómo, al año siguiente, pasó una temporada colocando su biblioteca particular en Venecia, saliendo sólo de aquella residencia el sábado para un paseo, después de la insistencia de Roncalli. Al salir del palacio y en la misma plaza de San Marcos, se encontró frente al letrado de la Biblioteca Marciana, donde pasó toda la mañana. El fruto sería, años más tarde, una publicación en el Boletín de la Real Academia de la Lengua sobre el epistolario de Rufino José Cuervo a Emilio Teza. Con suerte para Tellechea, cuando cuatro años más tarde el cardenal Roncalli, es promovido a la silla de Pedro, con el nombre de Juan XXIII, contará con un aliado indiscutible que le abrirá las puertas del inaccesible Archivo del Santo Oficio, algo totalmente inusitado, pero que él supo aprovechar con sensibilidad y valor científico en todo momento. En el año 2001, era yo mismo el que completando la documentación de mis publicaciones sobre Francisco José de Jaca, me acercaba a la puerta de dicho archivo, con una recomendación verbal de Tellechea, explicando mis intereses al archivero D. Alejandro

Cifres, éste me respondía que aquello ya no funcionaba como cuando Don José Ignacio Tellechea había consultado libremente todos los fondos y que había que cumplir un escrupuloso orden de acceso; curiosamente, al final pude consultar los fondos en los días previstos.

En 1956, de regreso a España, comienza su etapa docente compaginando ya la Teología Fundamental con la Historia de la Iglesia Moderna y Contemporánea en un primer semestre en San Sebastián, desplazándose en el segundo a Madrid para impartir Historia de la Iglesia en el recién fundado Seminario Hispano-Americano, situado en la Ciudad Universitaria de la capital de España. Su dedicación a la docencia estaba basada en el objetivo de que sus discípulos llegaran a sentir gusto por la Historia como ancho margen de comprensión y mentalidad histórica. El marco singular de Madrid, así como el aprovechamiento del tiempo libre que dedicaba al Archivo Histórico Nacional, a la Biblioteca Nacional o a la Real Academia de la Historia, donde se encuentra el proceso del Arzobispo Carranza, le permitieron trabar amistad con figuras de la talla de Marañón, Menéndez Pidal, Laín Entralgo, Pérez de Tudela, Dámaso Alonso o José Antonio Maravall, entre otros.

Serán años también en los que se comienza a consolidar su actividad como escritor y uno de los frutos más granados, será la publicación de la tesis presentada en la Universidad Gregoriana para lograr el grado de doctor en Teología. Es publicada en Vitoria, bajo el título *La Inmaculada Concepción en la controversia del P. Maldonado con la Sorbona*. Este desplazamiento entre dos espacios docentes y otro investigador, que ocuparía los meses de junio y julio en Roma, le permitirán recopilar el material necesario para sus constantes publicaciones a lo largo de varias décadas. En 1966 convalida su título eclesiástico en la Complutense, aunque opta por seguir impartiendo la docencia en los entornos eclesiásticos. De manera inesperada, el Seminario Hispano-Americano cierra sus puertas al finalizar aquel curso académico, pero, curiosamente y ante la muerte del Profesor Luis Sala Balust, se presenta al concurso de cátedra de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, obteniendo dicha plaza. De esta manera, el semestre en Madrid es sustituido por Salamanca y, San Sebastián es compaginado con la docencia también en la Facultad de Vitoria, aunque pronto dejará la tarea en su ciudad natal, manteniendo casi hasta el final de su trayectoria docente ambos centros de formación, etapa que se dilata desde el año 1970 hasta su jubilación en 1998.

La figura del Arzobispo Carranza es, sin lugar a dudas, la que marca su trayectoria intelectual y científica. El primer trabajo sobre el Primado de España lo publicó en 1954 y, de manera consecutiva seguirían otros cientos de artículos y publicaciones, entre las que sobresalen las ediciones críticas de Carranza. Cuando aun no había concluido la publicación del proceso histórico inquisitorial, que culminará con ocho tomos en 1994, comienza la edición de los tres volúmenes de *Comentarios sobre el Catechismo Cristiano*, publicados en la BAC entre 1972 y 1999, así como el *Speculum Pastorum*, que verá la luz con una espléndida edición crítica en 1992. Todavía, la labor intelectual del dominico se completaría con la publicación en Roma, en 1994, del *Proceso romano del Arzobispo Carranza. Las Audiencias en Sant'Angelo (1568-1569)*, la *Controversia de neccesaria residentia episcoporum* o *La forma de rezar el Rosario de Nuestra Señora*, en la colección de Espirituales Españoles, de la FUE. No es de extrañar que después de esta amplísima actividad investigadora publicista, Miranda de Arga, el pueblo natal del arzobispo dominico, lo declarase como hijo adoptivo. Este amplio marco histórico fue acompañado también por el estudio de figuras de no menor calado que, de una manera u otra, estaban vinculadas con Carranza y su contexto histórico. Entre ellas, sobresalen sus variados trabajos sobre Miguel de Molinos, Reginaldo Pole, Juan de Valdés, Felipe Melanchton, Arias Montano o el mismo emperador Carlos V.

A sus raíces vasco navarras dedicará también un número amplio de publicaciones; entre ellas sobresale de manera singular su *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, del que se sentirá especialmente orgulloso puesto que se tradujo incluso al japonés, y porque él mismo considera que se trataba de un libro que había permitido descubrir al fundador de la Compañía de Jesús. Recientemente y coincidiendo con el centenario de San Francisco de Javier, publicaba un libro de menor envergadura en el que presentaba una síntesis del gran santo misionero. Pero este marco afectivo geográfico, contará, además, con publicaciones de carácter histórico en las que tienen cabida trabajos sobre la participación vasca en la Invencible, la Monja Alférez Doña Catalina de Erauso o los Corsarios guipuzcócianos. Un género literario ocupará un papel especial; se trata de la edición y publicación de epistolarios, como el de Carmelo de Echeagaray, del Conde de Peñaflores, o la correspondencia mantenida por Basterra, Grandmontagne, Salaverría, Regoyos, entre otros, con don Miguel de Unamuno.

Será éste, el género epistolar, el que le ponga sobre la pista de un nuevo filón en la investigación, también basado en la correspondencia pero de personajes de primera línea, y que le han permitido

presentar y esclarecer las relaciones de Felipe II con el Papado de su tiempo, tarea nada fácil, pero esencial para el conocimiento de una época tan significativa como aquella del siglo XVI. Recuerdo todavía cómo, preparando mi tesis sobre Francisco José de Jaca, y en las visitas conjuntas al Archivo de Simancas, me mostraba con placer las vitelas y cartas de respuesta del Papa al soberano, haciéndome ver pequeños detalles como el canto dorado de las mismas... Esta obra, que podríamos considerar como su último gran proyecto, se desarrolla en dos partes, la primera publicada entre 1999 y 2002, bajo el título *El Papado y Felipe II*, que se completaría entre los años 2004 y 2006 con *Felipe II y el Papado*. Así, a caballo entre el Archivo de Simancas y el Secreto Vaticano fue completando una documentación que se compone de cinco tomos, y que quedará como una de sus últimas aportaciones más acabadas y significativas.

Su pluma ha participado frecuentemente en Homenajes a figuras insignes como es el caso de Juan Alfaro, Melquíades Andrés Martín, Marcel Bataillon, Julio Caro Baroja, Cenci, Díaz de Salazar, Florencio Marcos, Hubert Jedin, Lope Cilleruelo, Jorge Oteiza, Padre Donostia, Pérez Bustamante, Antonio Pérez Goyena, Rogger, Siri o Vincke, entre otros.

La participación en Congresos ha sido frecuente a lo largo de todo su magisterio, de igual manera que ocurriera con las conferencias en multitud de ciudades. En este sentido son conocidos sus contactos e intervenciones en foros extranjeros, entre los que cabe recordar Tours, Wolfenbüttel, Augsburg, Würzburg, Bologna, Nápoles, Roma u Oxford.

Socio fundador, Presidente y Director de la Biblioteca Doctor Camino, era amigo de número de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, miembro de Eusko Ikaskuntza y Académico correspondiente de Euskaltzaindia y de la Real Academia Española de la Historia, así como de las Academias de Venezuela y México.

Su talento científico, abierto y buscador de la verdad, hace que se relacione con instituciones universitarias de gran calado intelectual, entre las que se encuentra la Fundación Universitaria Española (FUE), con quien llegará a colaborar intensamente y a formalizar acuerdos con el fin de promover la publicación de sus dispersas y múltiples investigaciones. En este contexto, es preciso situar también su Fundación, destinada a la publicación de su obra dispersa o inédita sobre el Arzobispo Carranza, y creada al amparo y bajo los auspicios de la Universidad Pontificia de Salamanca, durante el rectorado del catedrático de Derecho Canónico, Don Julio Manzanares.

Sus múltiples relaciones afectivas produjeron también frutos intelectuales; es el caso de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, con la publicación de las obras de sus fundadores, la Madre Rafols y el presbítero Juan Bonal, así como la historia del propio Instituto en el Hospital de Ntra. Sra. de Gracia de Zaragoza, entre otras. Ese estilo peculiar que le caracterizaba, de igual manera y, desde sus primeros años de formación, le puso en relación con múltiples personalidades internacionales y españolas del momento, con las que mantendrá contacto epistolar a lo largo de los años. Estas relaciones las ampliará también a algunos de sus discípulos, a los que se mostrará especialmente cercano y disponible a lo largo de los años.

Su estancia en Salamanca cuenta con dos centros de irradiación: La Universidad Pontificia y el Colegio Mayor Hispanoamericano Virgen de Guadalupe, cuya desaparición fue objeto de uno de sus mayores disgustos. Su dedicación a la Universidad y a la docencia en la Facultad de Teología le definiría como un hombre respetado por su brillantez de exposición y su claridad en los planteamientos certeros, en referencia a la gestión, hasta el punto de ser nominado en varias ocasiones en la terna para Rector. En cuanto a su estancia en el Colegio Hispanoamericano, le sirvió para entrar en contacto con numerosos estudiantes hispanoamericanos y con un buen número de profesores que allí vivían. Quienes residimos con él, hemos tenido la suerte de gozar de su lealtad, amistad y entrañable cercanía. A su lado se podía aprender humanidad y ciencia. Quienes hemos sido sus discípulos en San Sebastián, en Madrid, en Vitoria o en Salamanca tuvimos la ocasión de gozar con su verbo y su sabiduría. Ahora esperamos que se culmine la recopilación de sus artículos y publicaciones iniciada por el Servicio de Publicaciones de la UPSA, a cargo de su propia Fundación y de la que ya han salido a la luz cuatro tomos, en cinco volúmenes.

Con este número de la revista, homenaje de afecto a su persona y de reconocimiento de su labor entre nosotros, queremos agradecer su presencia en esta Universidad Pontificia, en concreto el ejercicio de la docencia en la Facultad de Teología. Pero no queremos olvidar su ejemplaridad como sacerdote, profesor y compañero de camino.

ÁNGEL GALINDO GARCÍA  
MIGUEL ANXO PENA GONZÁLEZ  
*Facultad de Teología de la UPSA*